

que se creía de libertar al pueblo francés, de la dictadura omnímoda del pueblo de París. Así, movió con grande arte las legiones marselesas; fautoras del 10 de Agosto, y por ende creatrices de la República, para que se reunieran y reclamaran la perpetuidad de esa República, pero fundada en una Constitución donde los poderes fundamentales se hallaran definidos y clasificados en su orden; serena, por la seguridad de que todo ciudadano cumplía las leyes, obediente á las autoridades por ella misma designadas, democrática sin exceso, libre sin exageraciones, progresiva sin sacudimientos, igual para todos, porque si las facciones no se sometían al consejo, había que someterlas por el ejército y por el combate. Cuando los montañeses vieron la grande legión marselesa con los antiguos cantos en sus labios y con las antiguas armas en sus cintos, pidiendo una República ordenada y prudente, desoyéronlos y divulgaron que no querían República de ninguna clase, sino una federación provincial contra París, y tras esta improvisada federación, un restablecimiento de la vieja Monarquía francesa. Cuando con atención se consulta el desarrollo de la escuela girondina, obsérvase claramente cómo por completo carecía este vivaz organismo de un verdadero jete que lo impidiera en sus actos y lo determinase á tener una sola voluntad. Tiraba de un lado la elocuencia de Vergniaud, dominador por la palabra, pero indiferente á este dominio por la pereza; tiraba de otro lado madame Roland, aquejada de las impacencias y de las exaltaciones connaturales á su sexo; tiraban de otro lado las cabezas de los marseleses, como Barbaroux y Rebecqui; y la prueba de que cada cual tiraba de su lado, está en que no reconocían todos la jefatura y dirección de Brissot, quien debía imponérselos por su autoridad y por su acierto. Y así, madame Roland impidió que Brissot y Danton llegasen á entenderse, cuando de la inteligencia entre los dos estadistas, pudo provenir el salvamento de aquellos misérrimos náufragos, en aquel deshecho naufragio. La conducción misma del combate á Marat y á Robespierre no reconoció una sola consigna, por desgracia, ni tuvo un solo guía en los supremos instantes que vamos historiando. Así, mientras Vergniaud predicaba la calma y se dolía de tantas femeniles impacencias como atenaceaban la República; mientras Brissot iba con arte buscando un medio de llegar á inteligencias con el gran estadista Danton, madame Roland precipitaba los acontecimientos, y apercibía un orador suyo, para que pidiese la terrible acusación de Robespierre en lo alto de la tribuna convencional. Este favorito era uno de los más ingeniosos publicistas y literatos, producido por la pasada centuria, tan fecunda en brillantes y áticos ingenios. Llamábase Louvet, autor de la escandalosa novela *Faublas*, cuyas pornografías han sido pasto de los sensuales petimetres abundantes en las dos cortes de los últimos Borbones absolutos. Pequeño, miope, minúsculo, débil, en sus ademanes torpe, gafo, de una completa insignificancia cuando no hablaba, ni escribía; su mirada de fuego, su frente de cielo, su palabra de artista, su imaginación de poeta, su vivacidad de sentimiento, transfigurábanle hasta prestarle, con sus prestigios, los aspectos del genio. Desde

que leyera Louvet las primeras obras de madame Roland, tomárala como un modelo verdaderamente literario y siguiérala como á un consumado maestro. Esta grande admiración se convirtió pronto en grande amistad, y, aunque digan cuanto quieran los calumniadores de uno y otro, esta grande amistad no llegó nunca jamás á los umbrales del amor. Louvet amó á otra mujer, y la amó tanto más, cuanto que, casada ésta con otro, no pudo unirse á ella sino después de viuda, queriéndola con entrañable cariño toda la vida, y consultándola, ya estuviese fuera, ya dentro del hogar, como la verdadera Pitonisa de sus oráculos. En su facundia, Louvet había escrito una fiscal acusación de Robespierre, tan implacable como tremenda, pero que guardaba entre sus papeles, sin haberle dado publicidad; y no la tuviera, si el deseo de venganza en madame Roland, no lo empujara con temeridad á la tribuna convencional, donde todos habían de estrellarse y perderse.

La triste lectura del escandaloso libelo de Louvet, se cumplió, no como se cumplen las obras políticas de primer orden á la luz del día, se cumplió como se cumplen las intrigas femeniles y cortesanas, entre los laberintos de una sirte intrincada y compuesta por intrigas sinnúmero. Dividida la opinión del partido sobre la oportunidad y la conveniencia de tal acto, quisieron muchos conjurarlo y conjurar con él calamidad tan grande, como la separación definitiva é irreconciliable de los republicanos. Vergniaud pidió poco menos que de rodillas á Louvet, no intentara tan nuevo desaguizado, del que todos saldrían á una maltrechos. Pero Louvet, dócil á sugerencias de madame Roland, deslumbrado por las centellas nativas en el genio de la imperiosa mujer, airadísimo con el indispensable Danton, por haberle insultado, airadísimo con el monstruo Marat, por haber puesto la baba de su tinta en la pureza de aquella mujer á quien él creía limpia de toda mancha; airadísimo con Robespierre, porque desconociera la superioridad en elocuencia y en política de tan extraordinaria escritora, quiso arremeter con el gigante árbol á cuya sombra todos sus enemigos se abrigaban y levantó el hacha con la furia de un leñador de las selvas, hiriendo furioso la persona, la vida y la honra del gran tribuno, próximo á la dictadura. Corrió como una eléctrica corriente por todo el Congreso la noticia de que iba Louvet á perpetrar su atentado. Vergniaud indiferente y perezoso en las circunstancias normales, con mucho hábito de meditar discursos y poco hábito de acometer acciones, extrajo de su flaqueza, fuerzas, y se opuso en descargo de su conciencia y en tranquilidad de su espíritu á la inmediata lectura del temerario documento. Pero Louvet no podía volver al seno de la sociedad en que privaba tanto su ingenio, al seno de sus amigos, escuchados siempre como un oráculo, al seno de su misma familia, donde madame Roland contaba tantos adoradores, si no cumplía este acto de culto infernal prometido por su valor á la hécate de los desquites horribles. Así desenvolvió el odioso libelo, descubriendo sus hojas como quien descubre una víctima en el holocausto y fuese á la tribuna, sin atender á ningún amigo y sin escuchar ninguna observación. Comprendió Danton clavando

su mirada de águila en toda aquella escena de tragedia, cuánto debía pasar y se lanzó á la tribuna con sus aires de titán y con sus resuellos parecidos á los resuellos del Etna. Efectivamente: un pigmeo como Louvet, menudillo, bajo, inapercibible desde las tribunas, con voz de salón y sin voz de trueno, á mayor abundamiento escritor, cuando la escritura seduce tan poco á las muchedumbres, aunque se lea muy bien y las distrae del objeto á que se hayan los escritos consagrados. Así Louvet no pudo impedir que se le adelantara y le quitase la palabra el gigante. Puesto á su lado, parecía el menudo libelista uno de esos fieles imperceptibles que pintan los pintores medioevales, junto á las pinturas religiosas de los grandes personajes litúrgicos. Si alguna duda cupiese acerca de la justicia con que clasificamos siempre á Danton de gran estadista, desvaneciérase este acto de concordia, promovido por sus infalibles previsiones de político. Así de nuevo intentó concordarlos, de nuevo traerlos á la misma enseñanza, de nuevo herirles en su atención y en su interés, para que supiesen cómo andaban desbocados al abismo por sus rivalidades y por sus combates; hasta que todos maltrechos, todos deshonrados, todos ciegos, pasase sobre su frente un rasero tan igualitario y nivelador, como el rasero de la guillotina y cayera sobre sus personas y sobre sus nombres, un olvido tan perdurable, como el horrible olvido de la muerte. Ni la elocuencia tonante, ni la voluntad firme, ni la mirada imperiosa, ni el gesto avasallador, ni la palabra sublime, ni la evidencia irrefragable de cuanto Danton mantenía, deshizo aquella intrigüela de mujer y aquella voluntariedad de libelista. Aunque Danton en los postreros párrafos de su discurso, hiriera un poco el corazón de los apasionados, tratando de ver como redimía la persona tan amenazada del siniestro Robespierre, sacrificándole Marat, la verdad de sus asertos, la salud en ellos contenida, lo sabio del consejo, lo previsor y certero de sus argumentos, arrancaron una salva general de aplausos y ofrecieron un voto de resonante aprobación al discurso. Nada pudo conjurar el prejuicio de Louvet; nada sacarle de su magnética ceguera; nada impedirle aquel acto de suicida demente: cogió su libelo y se lanzó al sitio donde acababa de manifestarse con todo su esplendor, el genio de Danton. Quien, alguna vez asistiera en los parlamentos nuestros á las sesiones tempestuosas, adivinara las emociones del Congreso, al pasar de un discurso tonante á una sátira meditada y juvenalesca. Rumores por aquí, gritos por allá, protestas más lejos, advertencias por un lado, amenazas por otro, todo esto y algo más estalló, antes de comenzar el nuevo debate. Louvet puesto en la tribuna, desafiaba tales contrarios afectos y se disponía con la indeliberación y la inconsciencia de quien es incapaz de adivinar los resultados de sus actos á este horrible suicidio.

La triste acusación fiscal escrita por Louvet, puede verse hoy en los *Anales de la revolución francesa*, tan admirablemente redactados y donde se halla la colección de discursos dichos y de escritos hechos en aquella época, sobre los cuales ejercieron tanto influjo la pluma y la palabra. Nada nuevo el taimado satírico adujo contra su víctima que no se

hubiera escrito cien veces. Más que á un acta de acusación, pareciase tal informe á una biografía de diccionario. Claro en sus conceptos, correctísimo en su forma, insinuante y ático en sus apreciaciones, frío con la frialdad de una lógica implacable; sin género alguno de compasión para la víctima, muy analizador, poco sintético, disecaba en carne viva al tribuno Robespierre y le ofrecía á la Convención celosa por sus facultades, como un pérfido aspirante á la dictadura, digno así de capital castigo. Faltábale á Louvet la elocuencia muy abundosa, la indignación muy pronta, la índole aristofanesca, la sátira mordaz, el estilo encantador del gran Camilo, y de la propia sequedad con que había redactado su informe extraíase un dejo cruel, no propio de un fiscal que acusa con arreglo á las leyes, propio de un combatiente que acuchilla á sus enemigos, en lucha sangrienta de gladiadores sociales. Cuanto dijo se redujo, como antes apuntamos, á una mera biografía. Que desde niño se mostró Robespierre pérfido á lo jesuita; que desde joven la soledad y apartamiento de su vida le delataban de aspirante á las altas cumbres aisladas y solitarias; que al ver la revolución intentó servirla para dominarla, no con fervores y cultos á los ideales, con fervores y culto á su propia persona, so pretexto de ser el más virtuoso entre todos los ciudadanos de Francia; que siempre se opuso así á la República como á la guerra; que nunca estuvo en los combates, ni corrió nunca ningún peligro; que la noche del Campo de Marte se ocultó como un conejo en su madriguera y corrió como un ciervo la mañana del 10 de Agosto, hurtando el cuerpo á los peligros; que combatió á la legislativa y hasta cierto límite á la constituyente, rodeado de su guardia jacobina, compuesta por sayones, dignos de los Césares; que anduvo reclutando votos para entrar en el ayuntamiento revolucionario, donde se aparejaba y apercibía con arte á ejercer la dictadura; que socababa todos los pedestales y dirigía los dardos de su envidia implacable á todos primates; que pudo impedir las matanzas de Setiembre y fué reo en ellas superior á Marat mismo; que allá en los altos de la Montaña se ofrecía taimado y traidor, como un alud próximo á caer sobre la libertad y la Francia. Naturalmente; todos estos asertos, más ó menos vulgares, hallábanse con arte sumo enlazados para producir efectos fáciles en el agitado mar de las pasiones políticas alteradas por tantos y tan opuestos embates. Impresionable de suyo el Congreso por lo mismo que corrían sus primeras sesiones, oyó con atención, y á veces con aplauso, el espantoso informe. Había mucho de dramático, pero también mucho de pueril, si la muerte no los hubiera engrandecido, en los gestos y en los actos y en los espectáculos de la Convención. Cuando un acusador á la romana se dirigía con aires de senador antiguo á su enemigo, convirtiendo la Convención en curia y los debates en peleas, si usaba una elocuencia imitada de la que fulminó Cicerón sobre la cabeza de Catilina, como aquel Parlamento era un gobierno y un tribunal, retirábanse los representantes del acusado, poco á poco dejábanle sólo, añadiendo gravedad á las acusaciones y quitando esperanzas al reo. Así aconteció cuando Marat

fué acusado por la Gironda, y así acontecía en este momento al acusar la Gironda también á Robespierre. Éste se quedó solo, sin más compañía que la de aquellos adscritos á su culto y sacerdotes de su Iglesia, como Chabot y como Saint-Just. La cabeza erguida, la mirada menospreciadora de cuantos le acusaban, vibrantes los labios por una grande agitación nerviosa, caídos los hombros como para fingir indiferencia y desdén, cruzados sobre el pecho con actitud estatuaria los brazos, Robespierre pidió le dejaran un día ex-tero para responder á las acusaciones y obtuvo éste y mayor plazo, en el cual consiguió no sólo preparar su defensa oratoria, sino también reunir los espectadores para las tribunas, mover los clubs, incendiar los jacobinos, esparcir por las calles turbas enormes, vociferando su inocencia, preparar una especie de antiguo clásico triunfo. Hicieron mal aquellos pobres é inexpertos girondinos, al ceder en el asunto de Louvet hasta tomar una orden política, del gabinete donde relampagueaba y tronaba, la neurótica madame Roland. Estos grandes combates no se pueden por modo alguno emprender, sino después que se han apercibido los combatientes á ellos con mucho tiempo y que se han cerciorado de su indudable victoria. La noche subsiguiente al acto de Louvet, ardió París en agitaciones tan extremas, que bien pudo acercarse en ellas á la noche del Campo de Marte, á la noche del 20 de Junio, á la noche del 10 de Agosto. El club de los jacobinos se reunió y sus vociferaciones, sus lamentos, sus loores al virtuoso tribuno perseguido por los reaccionarios á causa de su culto hacia la República, el ruido de las picas, el resuello de las muchedumbres, el amenazador aspecto de las calles, decían perfectamente que principiaba otra revolución.

Imposible fuera en cualquier Parlamento español dar á un representante los plazos para prepararse á su defensa, que dió la Convención al acusado tribuno. Nosotros exigimos la respuesta en el acto, improvisada ó no. Deseamos dar la sentencia, sentencia moral y abstracta, pero sentencia eficaz, después de haber oído las dos partes en litigio. Así como tuviera mucho tiempo Robespierre de prepararse, presentóse con la seguridad completa, de quien aguarda un feliz éxito. Apenas comenzó á orar, cuando mostró en su oración la superioridad propia, la superioridad del estadista y del tribuno, sobre un literato y escritor como Louvet. En prueba de tal superioridad indudable, olvidó todo cuanto á lo particular y privado se refería, para ergirse vencedor en sereno discurso, profundamente político. Así comenzó por mostrar que no presentaba su enemigo ni un sólo acto de su vida pública, ni una sola línea de sus escritos y de sus discursos, capaces de mostrar sus aspiraciones á la dictadura. Un dictador huye y abomina de los Parlamentos; Robespierre contribuyó con todas sus fuerzas á que los Estados Generales se arrogasen la soberanía nacional é instituyesen lo más contrario que hay en el mundo á las dictaduras, el sistema parlamentario. Después de la Constituyente, si en alguno de sus actos contradujo al Congreso que la subsiguiera, no obstó tal disonancia, á sus invocaciones y á sus trabajos por la

Convención. De soñarse y de creerse dictador impidiera por todos los medios imaginables el establecimiento de un Congreso, tan poderoso por sus facultades, tan ilustre por sus individuos, representante de la patria francesa, como el Congreso que formaba la incontestable Convención. Ningún aspirante á dictaduras abre de par en par los comicios, proclama la soberanía nacional á voz en grito, restablece y restaura el sufragio popular, pide para todos el poder y autoridad, que codicia para sí, reconoce la suma de todos los derechos particulares en las grandes asambleas representativas de la nación soberana. Para con las dictaduras y los triunviratos alzarse, necesitase antes el gobierno con todos sus poderes; el Tesoro con todos sus recursos; la facultad omnimoda de distribuir los honores con todas sus seducciones; un ejército pretoriano estipendiado; una corte de funcionarios corruptores; un séquito y pompa de cortesanos corrompidos; y todos esos medios no los tenía él; todos esos medios los tenían aquellos mismos que le acusaban. Louvet cometió, acusando á Robespierre, el error cometido por Vergniaud acusando á Marat. Quiso dar en rostro al acusado con las ilegalidades cometidas por él en la Monarquía, trocadas al advenimiento de la República en verdaderos méritos. Y aquí, en esta parte de su defensa contra tales temerarios ataques, resplandeció Robespierre con verdadero brillo, mostrando cuán ilegal fuera el 10 de Agosto, cuán ilegal el unánime alzamiento de todos los libres contra la Monarquía, cuán ilegal el encierro de un Rey en las torres de una fortaleza, cuán ilegal toda la revolución. Y después de mostrar estas ilegalidades, mostró la imposibilidad absoluta de pasar desde un régimen reaccionario á un régimen progresivo, sin abrir muchas heridas, sin promover muchos conflictos, sin provocar muchas catástrofes. Ciertamente que habian caído cegados en las matanzas de Septiembre, no solamente aquellos á quienes anticipó la rápida y sumaria justicia del pueblo una sentencia justa, perecieron algunos inocentes y aunque sólo hubiera perecido uno, habría que llorar tal desgracia irreparable y que desconfiar de los arrebatos populares. Mas en el concepto y en el sentir de Robespierre, los girondinos únicamente lloraban las desgracias de los reaccionarios y no lloraban las desgracias de los patriotas. Verdad la sorpresa inevitable de los calabozos donde se tratara como reses á personas humanas; verdad el derrame ó efusión de sangre por las grandes prisiones parisienses; verdad el horror de aquellas noches en que parecían fiéras los hombres; verdad la trágica crueldad que presidió á las matanzas de Septiembre; pero estas matanzas y estos horrores y estas crueldades, provenían de la conjura monárquica, de la corrupción cortesana, de las traiciones y de los traidores que abrieran las puertas del suelo francés al conquistador extranjero. Aborto de la realeza todo ello según Robespierre, había que llorar las víctimas de Septiembre, pero había que llorar los asesinatos camino de la Bastilla, los tendidos en las matanzas realistas, los acribillados en el jardín de las Tullerías, los consumidos en las llamas de las ciudades bombardeadas, los mártires de la libertad inmolados por los verdugos de la tiranía.